

perial (1.º de abril, 1552). Carlos V., el monarca entonces mas poderoso del mundo, se encontró en Inspruck sin dinero y casi sin tropas, pues apenas tenia las necesarias para la guarda de su persona, y en peligro de verse envuelto por uno de sus muchos vasallos, que le debia todo lo que era. En tal situacion valióse de su hermano Fernando para que negociára con Mauricio, y éste, á quien convenia entretener apareciendo ser él el entretenido, accedió á tener una entrevista con Fernando en Lentz, ciudad de Austria, dejando en tanto encomendado el ejército á Alberto de Mecklemburgo, que en verdad no hizo otra cosa que devastar el pais llano, conduciéndose menos como gefe de un ejército regular que como caudillo de bandas de incendiarios y de ladrones.

Más al propio tiempo, Enrique II. de Francia, en ejecución del tratado, avanzaba con poderoso ejército por la parte de Lorena. Una enfermedad peligrosa de la reina Catalina obligó á Enrique á volver á Francia, dejando el mando superior de las tropas al antiguo condestable de Montmorency, desterrado por Francisco I. y repuesto en la real gracia por su hijo Enrique. Prosiguió el condestable su marcha, y cuando el monarca francés, mejorada la reina su esposa, volvió á incorporarse al ejército expedicionario, ya el condestable le tenia ganadas las ciudades de Toul, Verdun y Metz, esta última, la mas importante y la mas fuerte de la Lorena, en la cual habia entrado

por astucia y engaño suyo y por traicion de una parte de sus moradores. Desde Metz avanzaron ya juntos el rey y el condestable hácia la Alsacia, donde intentaron en vano apoderarse de varias ciudades por los mismos medios que con tan buen éxito habian empleado en Metz.

La conferencia entre Fernando y Mauricio no habia dado otro fruto que acordar otra entrevista para el 26 de mayo en Passau, y una tregua que duraria dos semanas después. Pero el activo y sagaz Mauricio, aprovechando el intervalo que Fernando tuvo la imprudente imprevisión de dejar entre el 9 y el 26 de mayo, salió apresuradamente de Suabia, volvió á ponerse al frente del ejército, marchó con una celeridad extraordinaria en soldados alemanes, se apoderó de Ehremberg, fuerte castillo situado sobre una escarpada roca, cayó sobre el Tirol cuando menos podia esperarse, y á no haberle embarazado la sublevacion de unas compañías de mercenarios que le costó trabajo apaciguar, hubiera tal vez sorprendido al emperador en Inspruck, y héchose quizá dueño de su persona. Cuando llegó Mauricio á Inspruck, no hacia sino unas horas que habia partido el emperador. Aquel Carlos V. que acababa de subyugar la Alemania, y cuyo inmenso poder tenia poco antes asombrado el mundo, habia tenido que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera, porque la gota no le permitia marchar

de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pie otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas alumbrándole con hachas de viento sus criados. De esta manera llegó Carlos V. atravesando ásperas montañas á Villach, pequeña ciudad de Iliria ⁽¹⁾. Mauricio, su perseguidor, despues de repartir entre sus soldados el botín cogido en Insbruck, regresó á Passau para celebrar su conferencia con el rey Fernando el dia convenido.

Consternados tambien los padres del concilio de Trento con tan inopinada guerra, desertándose cada dia, ó por temor ó por disgusto, los prelados alemanes, y no pensando ya cada cual sino en su seguridad propia, propúsose una suspension y se aprobó en sesion general (28 de abril, 1552), aplazándose la reunion para dentro de dos años, ó para antes, si antes cesaba la guerra y se restablecía sosiego. Esta decision, á la cual solo se opusieron los prelados españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrojando todos los peligros, se tomó antes que co-

(1) «¿Quién pudiera saber (dice hablando de esta desastrosa huida un historiador alemán) lo que pasaba en el fondo del alma de Carlos!... Acaso en estos dias infortunados concibió la resolucion de deponer la corona, si una vez podia sosegar la tormenta, y renunciar al fausto del mundo para retirarse á una soledad profunda, solo con el Eterno, con el Dios inmutable. Entonces volvió la liber-

dad al elector de Sajonia, su prisionero. Su vista debia serle ya penosa; porque aquel elector, que hecho prisionero en la landa de Lockau se habia arrojado á sus pies bañado en sangre demandándole gracia, le veia ahora fugitivo á través de montañas impracticables, enfermo, sin socorro, y perseguido por otro elector de Sajonia, á quien él, en tiempos de prosperidad, habia hecho poderoso.»

menzaran las conferencias con los protestantes ⁽¹⁾.

No habian correspondido los progresos de los franceses en Alsacia á los que en el principio habian hecho en la Lorena. Las ciudades se fortificaban y les resistian en vez de franqueárseles: Strasburgo anduvo cauta en no permitirles el paso: los electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cléves, los cantones suizos advertian á Enrique que no se olvidara de que iba como protector, no como opresor de Alemania, y le decian que no pasara adelante: la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, habia levantado un ejército de cerca de veinte mil hombres, que al mando de Martin Van Rossen penetra y andaba talando la Champaña: escaseaban á las tropas francesas los víveres, y todo esto obligó al de Francia á retroceder, y á llevar sus estragos al Luxemburgo, no sin que antes, satisfaciendo un pueril orgullo, mandara que llevasen los caballos á beber en el Rhin, como quien hacia alarde de haber llevado sus armas hasta las márgenes de aquel rio.

A esto se habian reducido las operaciones que con tanta arrogancia emprendiera el francés con el pomposo título de protector y libertador: asi como por su parte, el marqués de Brandeburg, que mandaba un cuerpo de ocho mil hombres, no habia hecho otra cosa, segun indicamos, que devastar y aniquilar las comarcas que corria, aterrar y saquear las poblacio-

(1) Concilio de Trento, Sesion 46.^a—Pallavic. Hist. del Concilio.

nes, descargar un furor bárbaro sobre los eclesiásticos adictos al papa, y desacreditar con sus vandálicas escursiones aquella moral y aquella tolerancia de que querían blasonar los protestantes.

Verificábanse en tanto las concertadas conferencias entre el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, hermano del emperador, en Passau (26 de mayo, 1552); conferencias á que dieron mayor importancia y solemnidad asistiendo como mediadores algunos príncipes, obispos y representantes de los electores y de las ciudades libres del imperio. Lo que en ellas pedía el duque Mauricio era lo mismo que decía en su manifiesto haberle movido á tomar las armas contra el emperador. Otorgarlo todo, parecía que era rebajar demasiado la alta dignidad de un soberano como Carlos V., y ni Fernando ni sus embajadores se mostraban dispuestos á concederlo. Era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz entre protestantes y católicos, habían unos y otros sufrido tanto con las guerras, y se hacía tan temible aun á los adictos á la iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo alemán, que todos los mediadores se convinieron en escribir á Carlos rogándole libérase la Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. La situación de Carlos era para meditarlo con madurez. La fuga de Inspruck le había hecho perder mucha fuerza moral: hallábase sin sus mejo-

res tropas: conocía toda la astucia y toda la energía de su nuevo enemigo: tenía al francés dentro de sus propios estados, y sabía que Enrique, como su padre Francisco, andaba provocando al turco contra él y contra su hermano, y escitándole á que obrara en Hungría y en las costas de Sicilia y de Nápoles: la España, disgustada del largo alejamiento de su soberano, y cansada de ver morir sus hijos y consumirse sus tesoros en apartadas regiones y en guerras inútiles para ella, repugnaba y dificultaba enviarle sus hombres y su dinero. Estas y otras consideraciones, por mas desagradables que fueran á quien se acababa de ver tan poderoso y había sido tantas veces vencedor, merecian pensarse antes de rechazar la transacción que se le proponía.

Para esforzar estas razones pasó Fernando en persona á Villafranca, residencia del emperador su hermano. Fernando las tenía también muy fuertes para desear por su parte la paz, y no era la menos atendible el ofrecimiento que Mauricio le había hecho de ayudarle personalmente y con todo su ejército en Hungría, siempre que aquella se estableciera sobre bases sólidas y firmes. Pugnaba, pues, el emperador entre los poderosos motivos que le aconsejaban la paz, y el sacrificio de amor propio de doblegarse á las exigencias de uno de sus antiguos súbditos que le debía todo lo que era, y de renunciar á un plan con tanto ardor comenzado y con tanta constancia prose-

guido. Fué, pues, su primera respuesta negarse á toda condicion que le obligára á reconocer el libre ejercicio de la religion protestante; y pedir ademas la indemnizacion de las pérdidas que le habia hecho sufrir el desenfreno de las indisciplinadas tropas de algunos confederados. Muy sobre sí estaba Mauricio para aceptar como admisible esta proposicion, bien la considerára como formal negativa, bien como medio de entretenimiento. Y conociendo que la mejor manera de estrechar al emperador era mostrarse parte y obrar con resolucion y energía, salió bruscamente de Passau, y dando por rotas las conferencias y poniéndose de nuevo á la cabeza de sus tropas, procedió á sitiar formal y vigorosamente la ciudad de Franckfurt-le-Mein.

Redobló entonces Fernando sus instancias con el emperador su hermano. Alojó tambien á Carlos de su primera dureza, y se prestó mas benévolo á oír las proposiciones de paz, con tal que Mauricio cediera tambien en algo en sus demandas. Y como el de Sajonia, á pesar de toda su aparente arrogancia, comprendiese bien lo temible que podia ser todavía un esfuerzo del emperador, poco á poco fueron ambos llegando á términos de poder concertarse y transigir. Volvió, pues, Mauricio de Sajonia á Passau, y todas aquellas pláticas y negociaciones dieron por fruto el tratado siguiente (31 de julio, 1552):

Que para el 12 de agosto los confederados licen-

ciarian sus tropas, á no ser que quisiesen servir al rey de Romanos, ó á otro príncipe, siempre que no fuese contra el emperador: que para el mismo dia sería puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Carlos cuando fué preso: que dentro de seis meses se celebraria una dieta en la cual se decidirian todas las cuestiones religiosas: que entretanto ni los unos ni los otros se perturbarian en el ejercicio de su respectiva religion y culto: que la cámara imperial administraria justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes: que no se pidieran los daños hechos en esta guerra hasta que la dieta lo determinára: que el marqués de Brandeburg pudiera ser comprendido en este tratado con tal que desarmára y licenciára luego sus tropas: que los confederados se apartarian de la alianza con el rey de Francia, y que éste pudiera esponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador: que si la futura dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaria válida para siempre ⁽¹⁾.

Tal fué el célebre tratado de Passau, por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años habia formado y tra-

(1) Coleccion de Tratados de plomat.—Sandoval, libro XXXI. paz, tom. II.—Dumont, Corps Di- par. 25.—Robertson, lib. X.

bajado por realizar el emperador Carlos V. sobre el imperio alemán, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagación de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religión protestante, la cual desde este convenio recibió una autorización pública y legal de que siempre había carecido. Así se frustraron también en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Carlos V., y más por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor había adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y extraño que quien más quebrantó el poder de Carlos y quien más consolidó la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes había ayudado más á los triunfos del emperador, y á la destrucción de la confederación reformada. Por tan extraños caminos conduce la Providencia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

CAPITULO XXIX.

CARLOS V. Y ENRIQUE II. DE FRANCIA.

De 1552 á 1556.

Campaña del emperador contra Enrique II. de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Pásase al emperador el de Brandeburg con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelión y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refúgiase en Francia el de Brandeburg.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II. de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Carlos V. le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Nuevas guerras entre Carlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardian de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Aogsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesión de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV. y Enrique II. contra Carlos V.—Proceder de Carlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicación de Carlos V. en su hijo.

Por más sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por más que